

El arte del disimulo

Luis García Trapiello

NO HACE mucho, cuando la oposición afirmaba que Jaume Matas, el presidente pepero del Gobierno Balear, no era trigo limpio, Mariano Rayoy proclamó a los cuatro vientos, enarbolando la bandera de la virginidad ofendida, que no solo se trataba de un hombre ejemplar sino que era un gobernante digno de todo elogio e imitación. Tanto, que él mismo, Don Mariano, juró sobre los vientos que lo envolvían que él mismo haría en el gobierno de España lo que Matas estaba haciendo en el gobierno Balear.

Amén, dijeron sus conmlitonos.

Hoy ese señor Matas tiene una condena, en primera instancia, de seis años de prisión. ¡Y le faltan otras veinte causas! Y hoy mismo, 20 de marzo, pasados los Idus, le han preguntado al señor Rajoy qué opinaba de esa condena y de su amigo Matas. Su contestación ha sido lo más parecido a los sonidos producidos en un váter cuando lleno de mierda se tira de la cadena. “Yooooo... glup... ddd-ddiiiiiggggooooo que... looooooooooooo... glup, glup”.

Lo cierto es que una vez vaciado el váter, inodoro o cagadero, limpio con el papel de ciertos periódicos, lo ha convertido en su trono, se ha sentado en él y ha proclamado en el primer mitin de ese mismo día que “Yo quiero lo mejor para España”, “Yo quiero que la economía mejore, que disminuya el paro”, etc (¡y todos, tío listo!). Vacuidad, cierto, pura vacuidad, pero dicha con el mejor de los tonos, enfáticamente, como si fuese la verdad revelada. Y habló de los ERE y de la corrupción ajena y su público ronroneaba: “huy, huy”. Reconozcámoslo, son graduados en el arte del disimulo, que es del engaño: en el PP dicen que no conocen a ese señor Matas, no es del partido.